SUPLEMENTO DE VIAJES Y TURISMO DE PAGINA/12
DOMINGO 24 DE ABRIL DE 2005

Turismo 12

Efraín David

JINETES TODO TERRENO

Desde Aluminé, excursiones a caballo y trekking por la estepa patagónica neuquina.


Palacio de la Magdalena. Con el advenimiento de la república se transformó en sede de la Universidad de Verano Menéndez Pelayo.

ESPAÑA *Verano en la región de Cantabria*

Real, rural y costera

Noble por el palacio real que desde hace un siglo se asoma a las agitadas aguas del Cantábrico, pero rural por naturaleza, Santander es la capital de una región muy valiosa culturalmente y distinguida por el sello del buen vivir. Además de la ciudad, un recorrido por playas y pueblos de la costa.

TEXTO Y FOTOS DE GRACIELA CUTULI

Santander, la capital de Cantabria, en el norte de España, está rodeada por un abanico de playas que van desde las colmadísimas, por donde pasarán las modas del próximo verano europeo, hasta las más desérticas, donde eligen veranear los amantes del turismo natural. La ciudad es uno de los puntos de partida de un circuito que abarca desde el País Vasco hasta Galicia, conocido como "España Verde", porque la tradición agrícola de sus tierras y el color de sus paisajes le ganaron este merecido sobrenombre: sin embargo, si creció y se hizo célebre fue gracias al mar. Este mar, muy distante de las tranquilas aguas del Mediterráneo, fascina por el rebote espumoso de las olas contra los peñascos, pero en playas como la Magdalena, Los Peligros o El Sardinero –algunas de las playas urbanas más concurridas de Santander– se va aquietando mansamente contra las arenas doradas que desembocan en elegantes paseos marítimos.

BAÑOS DE OLA Hace más de un siglo, este mismo mar se hizo famoso cuando se descubrieron los beneficios de los llamados "baños de ola", que empezaron a promocionarse en Madrid a mediados del siglo XIX. El paisaje de Cantabria sin duda atrajo a Victoria Eugenia de Battenberg, la princesa inglesa –nieta de la reina Victoria, y sobrina de Eduardo VII– casada con el rey español Alfonso XIII. Victoria Eugenia, cuyo retrato preside hoy uno de los salones del Palacio de la Magdalena, había nacido en el castillo escocés de Balmoral. Comparativamente, el mar Cantábrico probablemente le pareciera tranquilo y cálido. En los primeros años del siglo pasado, los reyes españoles eligieron Santander como lugar de vacaciones: la ciudad les donó la construcción del Palacio de la Magdalena, que con el advenimiento de la república se transformó en sede de la Universidad de Verano Menéndez Pelayo. La familia real española, sin embargo, conserva y utiliza aposentos en el palacio, que pueden visitarse –como la habitación del príncipe Felipe, bisnieto de Victoria Eugenia– cuando no están presentes en la ciudad.

DE LA REALEZA AL BIKINI

La arquitectura del Palacio de la Magdalena, enclavado en una finca de casi 30 hectáreas que incluye caballerizas y un pequeño zoológico (el conjunto se puede visitar en un trencito turístico llamado "El Magdalena", con un guía que va relatando historia y anécdotas del lugar), hace pensar en un castillo más inglés que español, con algunos toques franceses. Sin embargo, pese al eclecticismo el conjunto conforma una elegante silueta gris que tiene cierta escala humana, por comparación con otros palacios más imponentes, y desde donde se goza de una vista incomparable de las playas cercanas. Una de las más famosas, la elegida de las turistas nórdicas en los años '70, se conoce con el nombre de "Los bikinis": es que las modernas muchachas extranjeras que estudiaban más de treinta años atrás en la Universidad Menéndez Pelayo fueron las primeras en usar desprejuiciadamente los diminutos trajes de baño que finalmente cedieron su nombre a la playa. Durante un tiempo, fue un escándalo, y abundaban los curiosos en busca de avistar lindas siluetas femeninas. Pero con el tiempo, las bikinis pasaron a ser apenas una anécdota inocente del verano europeo.


El mar Cantábrico también fascina por el rebote espumoso de las olas contra los peñascos.

EL SARDINERO CULTURAL

Al norte del promontorio donde fue construido el Palacio Real se encuentra el barrio El Sardinero, un centro turístico extendido junto a las playas, donde predomina la elegante silueta del casino. Todos los veranos, se concentra aquí la vida social de Santander, y se realiza un festival de teatro y música que forma parte de los principales eventos veraniegos del norte de España. Santander es sede del Museo de Bellas Artes, que tiene importantes obras de Goya y Zurbarán, y pronto habrá en la región un nuevo atractivo artístico-turístico: se trata de la Ciudad del Cine, un proyecto dedicado al séptimo arte, pero también a las nuevas tecnologías, que acaba de ser firmado entre el gobierno cántabro y una empresa de parques temáticos. Por el momento, no se reveló la ubicación precisa, pero los santanderinos confían en que será en las cercanías de la capital.

TRADICIONES DE CAMPO Y MAR En Cantabria convive la cultura agrícola que revelan sus viejas casonas de piedra, sombreadas de bosques y cada vez más buscadas por los amantes del turismo rural, con la cultura del mar que desde siempre acompañó a este pueblo tradicionalmente pesquero. Basta verlo en la mesa: la buena cocina cántabra siempre estará acompañada de frutos de mar, sean langostas, nécoras o pescados, que conocen –de la mano de la renovación culinaria– infinitas variantes a la hora de llegar al plato.

En numerosos pueblos de la costa se vive, por otra parte, la tradición del mar. Laredo, Castro Urdiales, Puente Viesgo, Comillas y muchos otros han sabido vivir, antes de reconvertirse más o menos al turismo, al ritmo de las olas y los barcos pesqueros. Cada mes de abril en San Vicente de la Barquera, uno de los pueblos más lindos de Cantabria, se celebra la Folía, una suerte de bendición del mar. Según la tradición, la Virgen de la Barquera llegó a San Vicente en una embarcación sin tripulación, sin remos ni velas. En homenaje a ese episodio, la Virgen es colocada cada año en un barco pesquero adornado con flores y banderas, que navega frente a la procesión para brindar su bendición al mar, mientras los jóvenes cantan en la costa. La fiesta, una de las más lindas de Cantabria, merece ser vista: pero si ya ha pasado la época, San Vicente de la Barquera igualmente no debería faltar en un recorrido, por la hermosura de su puerto pesquero y la belleza del pequeño casco antiguo donde se destaca, contra los relieves del Parque Nacional de los Picos de Europa, el



El gran pórtico de entrada a la Catedral de Santander.

campanario de Santa María de los Angeles. El pueblo está situado en el corazón del Parque Natural de Oyambre, donde conviven playas y dunas, rías y sierras, acantilados y prados, en una infinita sucesión de paisajes de increíble riqueza natural.

RELIQUIAS Y ARQUEOLOGÍA

En las estribaciones del Parque Nacional de los Picos de Europa se encuentra además el Monasterio de Santo Toribio de Liébana, donde se dice que se conserva la "lignum crocis", o Cruz de Cristo, supuestamente llevada por Santo Toribio desde Jerusalén. En 1512 el papa Julio II estableció que cada vez que el 16 de abril –día de Santo Toribio– cayera domingo, sería Año Santo Lebaniego: así será el año próximo, y por lo tanto toda Cantabria está en plenos preparativos para recibir a peregrinos y turistas en el lugar, que forma parte del tradicional camino de Santiago. Para entonces ya estará avanzado un proyecto de la Unión Europea que tiene en Cantabria uno de sus principales encabezadores: se trata de la Red Europea de Primeros Pobladores y Arte Rupestre Prehistórico (Repparp), que busca elaborar bases de datos sobre la enorme importancia del patrimonio prehistórico cantábrico, promoviendo exposiciones, una gestión correcta de los sitios arqueológicos y la edición de material especializado sobre el tema, que es un fuerte patrimonio cultural pero también un importante atractivo turístico ✹

CANTABRIA LITERARIA

Esta región del norte de España tiene una rica tradición literaria. Lo recuerda sin duda la Universidad Internacional Menéndez Pelayo, así llamada por el renombrado académico que, a fines del siglo XIX y principios del XX, redactara una de las obras fundamentales de la historia de la literatura española, gracias a un cuidadoso trabajo de investigación y recopilación. Su casa, situada en el centro de la ciudad, está contigua a un museo que recuerda la importancia de su obra. La biblioteca de Menéndez Pelayo, cuyas obras abarcan unos 65 volúmenes, fue donada a su muerte a la ciudad: son nada menos que 40.000 ejemplares.

La vida cántabra también fue magistralmente retratada por José María de Pereda, en novelas como *El sabor de la tierruca*. Y en Santander pasó largas temporadas escribiendo Benito Pérez Galdós, uno de los principales autores de la novela española del siglo XIX.



Balcones en las fachadas de piedra de antiguas casas de Santander.

Noticiero

La calidad del servicio turístico

El IRAM (Instituto Argentino de Normalización y Certificación) y la Secretaría de Turismo de la Nación firmaron el pasado 11 de abril un acuerdo de mutua colaboración para contribuir a mejorar la calidad en la prestación de los servicios turísticos. Esta iniciativa pretende alcanzar niveles internacionales en aspectos tales como la atención al turista; la prestación y venta de los servicios, incluidos el alojamiento, el transporte y la inocuidad y seguridad alimentaria; las competencias individuales del personal relacionado con la actividad; la clasificación de las organizaciones prestadoras de los servicios turísticos, así como también en la gestión de la preservación y protección del medio ambiente y de la seguridad y salud de los turistas.

Hostería en La Angostura

Instalada en lo alto de una escarpada colina al borde del Nahuel Huapi, la hostería El Faro de Villa La Angostura anunció sus programas para la temporada baja actual. Uno de tres días y dos noches en habitaciones de 30 metros cuadrados con hidromasaje y vista al lago cuesta $ 249 por persona. La tarifa incluye desayuno, una cena a la carta para dos personas, bebidas sin alcohol, acceso al spa y late check out. El programa es válido desde el 1º de abril al 30 de junio. Una noche adicional cuesta $115 por persona. El mismo programa, pero en las habitaciones de 45 metros cuadrados cuesta $ 369. Los precios no incluyen IVA. Más información: Tel. 02944-495485. E-mail: *info@hosteriaelfaro.com.ar* *www. hosteriaelfaro.com.ar*

NEUQUEN *Cabalgata y trekking desde Aluminé*

Por el Cordón del Chachil

POR JULIAN VARSAVSKY

Aluminé es un típico poblado patagónico rodeado por singulares paisajes. El río, las mesetas, las araucarias y las cortinas de álamos que se plantaron en la estepa acompañan una apasionante cabalgata sobre el Cordón del Chachil. Y muy cerca de allí, un trekking hasta los restos de un bosque petrificado.

Aluminé es todavía un típico poblado patagónico de la cordillera, con muchas calles de tierra y una tranquilidad pueblerina difícil de encontrar en otros destinos turísticos de la región. En este pueblo ubicado en el centro-oeste de Neuquén, las principales actividades económicas son la ganadería, la explotación forestal y en tercer lugar el turismo. En este último aspecto, Aluminé ha alcanzado una eficiente variedad de servicios, logrando una equilibrada combinación entre naturaleza virgen y confort para el viajero.

Por estar emplazado entre la cordillera de los Andes y la margen oeste del río Aluminé, en sus alrededores hay una infinidad de paisajes cuya inabarcable belleza se puede abordar de distintas maneras. Una de ellas es a caballo, una alternativa que permite llegar a las alturas sin mayor esfuerzo físico. Y otra de las muchas opciones es haciendo un trekking por la estepa.

CABALGATA A LAS ALTURAS La excursión a caballo más atractiva que se realiza desde Aluminé probablemente sea la que recorre el Circuito del Mirador, que parte desde los campos de la estancia Quilapeñihué. La estancia está ubicada en un lugar idílico –a 2,5 kilómetros del pueblo–, al pie de unos cerros y entre los ríos Aluminé y el arroyo Llamuco. El guía de la excursión, Anuar Martínez, es un baqueano de la zona que realiza cabalgatas desde hace casi una década y cuenta con la ayuda de su hijo, un experto jinete de 10 años. Una vez ajustada la montura de los tranquilos caballos –no hace falta saber montar–, se emprende el paseo hacia el Cordón del Chachil, en plena precordillera de los Andes.

En primer lugar se avanza por una densa plantación de pinos en la ladera montañosa, y más arriba comienza a aparecer la vegetación autóctona: cipreses de la cordillera, ñires, lengas, chacaies y maitenes. El arbusto que predomina es el coirón, de llamativo color amarillento.

A medida que se asciende comienza a abrirse el paisaje en la lejanía y sobresalen los cerros Melul y Ruca Choroi, además de dos enormes mesetas enfrentadas por la punta que dominan todo el paisaje de Aluminé. El cerro más alto es el Longqueo, que mide 2300 metros sobre el nivel del mar.

MIRADOR PATAGONICO La primera parada es en El Mirador, una saliente de roca con vista a un gran cañadón con un arroyo que caracolea en el fondo. Mirando hacia el sur se tiene un panorama del pueblo, el río Aluminé y las dos grandes mesetas que, en conjunto, conforman una de las hermosas postales de la Patagonia. Un ciprés de la cordillera que creció inclinado hacia un costado, como si fuese empujado de manera permanente por el viento, es una de las curiosidades del Mirador. En este lugar, lo mejor es desmontar y salir a explorar un poco la zona a pie hasta otra saliente de roca que da a un precipicio descomunal. En el trayecto se camina brevemente por el filo del cordón montañoso, así que a cada lado se abre un paisaje diferente.

Aquí podría emprenderse el regreso después de una hora muy bien aprovechada de cabalgata (el precio es de $ 15). O queda la alternativa de continuar subiendo hasta los 2700 metros para alcanzar la Pampa del León, una zona deslumbrante poblada casi exclusivamente por araucarias de más de cien años.

PAMPA DEL LEON El panorama desde la altura permite divisar la Pampa de Longcoluan, el pico del volcán Lanín, el cerro Batea Mahuida y dos volcanes del lado chileno de la cordillera. En Pampa del León también se puede incursionar unos 8 metros dentro de una cueva rocosa que alguna vez fue un escondite de los indígenas, como lo demuestran las puntas de flecha y los restos de cerámica encontrados en el lugar. En este punto, los jinetes se preguntan: ¿dónde se va a asar el chivito?, ¿arriba en la montaña o abajo junto al río? Por suerte, como el hambre ya se hace sentir,

>>>


El ascenso a caballo hacia el Cordón del Chachil. Al fondo, las dos mesetas en el paisaje de Aluminé.


El río Aluminé serpentea por un valle entre los cerros neuquinos.


La captura de una buena trucha alegra el día de cualquier turista.

DATOS UTILES

Cómo llegar: Aluminé está a 340 kilómetros al oeste de la ciudad de Neuquén (desde Buenos Aires son 1500 kilómetros). Desde la capital provincial hay que tomar la Ruta Nacional Nº 22 hasta Zapala (183 km), seguir por la Ruta Provincial Nº 46 y seguir por la Ruta Provincial Nº 23 hasta Aluminé (18 km). La empresa de micros Al Bus une la ciudad de Neuquén con Aluminé. Boletería en Buenos Aires: 4717-5612.

Dónde alojarse: En el Hotel Pehuenia (3 estrellas), recientemente remodelado, la habitación doble con desayuno cuesta $ 90. Una suite matrimonial con hidromasaje, $ 170. Un departamento para 4 o 5 personas cuesta $ 150. El hotel está en el cruce de la ruta 23 y Cap. Crouzelles. Reservas: Tel. 02942-496340, e-mail: *vetochef@yahoo.com.ar*

Las cabañas Maluna ofrecen alojamiento junto al río, equipadas con microondas, vajilla y equipo de música. El complejo está sobre la ruta 23, a 500 metros del pueblo. Una cabaña para dos personas cuesta $ 70, una triple $ 80 y la cuádruple $ 90. Tel.: 02942-496281, e-mail: *nestorangelino@hotmail.com* Sitio web: *www.interpatagonia.com/maluna*

Excursiones a caballo: Además del Circuito del Mirador y otras excursiones, el baqueano Banuar Martínez organiza una cabalgata de cuatro días hasta el paraje Pulmari, atravesando tierras de dos comunidades mapuches. Los primeros dos días se duerme en unos campings equipados con todos los servicios, y el tercero en hotel. Reservas para esta excursión y la que recorre el Cordón del Chachil: en Mali Viajes (frente a la plaza del pueblo) Tel.: 15-665122, e-mail: *anuarcabalgatas@yahoo.com.ar*

Más información: En Buenos Aires: Casa de Neuquén. Calle Perón 685, Tel.: 4327-2454. En la ciudad de Neuquén: Felix San Martín 182. Tel.: 0299-4424089, e-mail: *turismo@neuquen.gov.ar* Sitio web: *www.neuquentur.gov.ar* En Aluminé: Calle Cristian Joubert 321, Tel.: 02942-496001, e-mail: *intendencia@fronteradigital.com.ar* Sitio web: *www.alumine.net*


Un alto en el trekking por el Circuito del Mirador.

CORDEROS, TRUCHAS Y MUCHAS DULZURAS

Un verdadero clásico de la gastronomía de Aluminé es el restaurante La Posta del Rey, ubicado frente a la plaza principal. El plato inevitable es el cordero patagónico al asador o con salsa chutney (sauco y mosqueta) y papas noisette. El otro plato regional importante es la "trucha Aluminé", sin espinas y rellena con verduras, rociada con una salsa de crema y acompañada con puré de manzana.

La Chocolatería es otro de los imperdibles lugares para el paladar. En la tarde funciona como casa de té y los viajeros llegan atraídos por la fama local de su repostería centroeuropea. El strudel de manzana con crema caliente, canela, pasas y ralladura de limón es una de las opciones más solicitadas. La otra especialidad de la casa es la elaboración de chocolate y bombones rellenos con dulce de frutilla, higo y guinda. Por la noche, La Chocolatería se convierte en un restaurante donde se puede pedir un suculento calzone napolitano o de atún. Dirección: Calle Rim 26. Quien desee saborear una parrillada puede ir al restaurante Aonikenk (calle Regimiento 4 de Caballería s/n).

<<<

no es necesario esperar en las alturas porque en la estancia nos está esperando el asado al abrigo de un bosquecito de sauces llorones junto a una playa del río Aluminé.

El precio de la excursión completa, incluyendo el asado y vino, es de $ 80. Pero si hay algo que no tiene precio medible es el placer inmenso de saborear una costilla de chivito agarrándola con la mano y luego recostarse en la arena caliente de la playa a dormir una siesta. O pescar, con un rudimentario reel que provee el guía, una trucha arco iris de las que abundan por doquier en todo el río.

TREKKING AL BOSQUE PETRIFICADO La consigna es caminar a campo traviesa por la estepa hasta los restos de un bosque petrificado de millones de años. Se trata de un trekking sencillo que comienza al borde de la ruta en las afueras de Aluminé. En primer lugar hay que cruzar la alambrada de un campo en el que, aunque es privado, se permiten los paseos. La caminata es por un senderito que sube y baja lomadas atravesando alambrados para llegar a una lagunita poblada por dos cisnes de cuello negro, algunos cauquenes y patos de los torrentes. Luego se avanza por el filo de una montaña hasta llegar a la zona de los restos fósiles de unas araucarias que existieron hace millones de años. En verdad sólo quedan fragmentos de hasta 40 centímetros –algunos semienterrados–, en los que se puede ver perfectamente la textura original de la madera convertida en piedra. Los restos más pequeños están desperdigados por todos lados, pero lo verdaderamente atractivo de este trekking es la absoluta inmensidad del paisaje. Durante este trekking –que no se realiza en invierno– se recorren un total de 6 kilómetros en casi cuatro horas. Cuesta $ 25 y se puede contratar en el teléfono 02942-15-577020 (guía César Salto).

En Aluminé hay diversas alternativas de trekking, y una de las más interesantes es la que recorre el Circuito del Mirador, el mismo que se describe en la excursión a caballo. Pero a este trekking se le puede agregar la posibilidad de pernoctar una noche en carpa sobre la montaña. Esta opción cuesta $ 120 e incluye las comidas, entre ellas un asado ✹


Al finalizar la excursión, un sabroso chivito al asador compensa la jornada a caballo.

Espuma muy natural

En un pueblo considerado el paraíso de lo artesanal, no debe sorprender a nadie que en unas 130 casas se produzca cerveza con procedimientos manuales y para consumo propio. Los más virtuosos han trascendido las paredes de su hogar y la venden al viajero en bares y puestos callejeros de la feria artesanal.

Prácticamente no existe casa en El Bolsón donde al llegar un visitante no le ofrezcan alguna bebida alcohólica preparada por los anfitriones. El listado es casi inabarcable, pero los más comunes son el champagne de sauco, el licor y el vino de mosqueta, la chicha de manzana, la ginebra artesanal y hasta existe quien destila la cáscara de la papa y hace alcohol de papa. También están el tradicional guindado y el murtado, una especie de grapa con la fruta de la murta. Sin embargo, la reina de las bebidas en El Bolsón –donde se produce muy buen lúpulo– es la cerveza. Se cree que alrededor de 130 familias la preparan en su casa, mientras que algunas pocas personas se dedican a producirlas para venderlas casi exclusivamente dentro del pueblo. Las tres principales variedades de cerveza que se fabrican en este rincón patagónico son: la rubia, originaria de Alemania, que es más clara porque los granos se muelen más finos; la negra, originaria de Irlanda, que debe su color y sabor a la mayor cocción de los granos de cebada; y la roja, originaria de Inglaterra, que es algo más caramelizada.

MAESTROS CERVECEROS

Desde hace cinco años, Néstor Gavino prepara la cerveza artesanal 7 Lagos. Tiene dos ayudantes, pero él mismo está a cargo de casi todo el proceso de producción, e inclusive de la venta, ya que esta cerveza sólo se la puede adquirir en el puesto de la feria artesanal –que atiende el mismo Gavino–, en dos restaurantes y en el bar recientemente inaugurado en la misma fábrica de cerveza (Sarmiento y Balcarce). En realidad, la fábrica es una especie de pequeño taller en el fondo de una panadería donde su dueño armó la rudimentaria tecnología con unos tambores de miel reciclados que fueron instalados sobre la base de unos lavarropas. Sin embargo, el sencillo taller produce 2000 litros de cerveza por mes en las variedades rubia, negra y roja. Más información en *www.cerveceria7lagos.8k.com* e-mail: *nestorgiavino@yahoo.com.ar*



En la feria artesanal de El Bolsón se puede probar una gran variedad de cervezas artesanales.

En la tradición cervecera de El Bolsón, no se puede dejar de mencionar a Otto Tipp, un antiguo poblador alemán del pueblo, quien solía izar una bandera blanca al frente de su casa para que los vecinos supieran que tenía cerveza disponible de muy buena calidad. Hace tres años, la fábrica de cerveza Otto Tipp abrió sus puertas al público. Hoy en día sus descendientes producen la cerveza en cinco variedades: de trigo, mentolada, roja, negra, rubia y malta (sin alcohol). Además de esta gama de sabores y colores, en el bar de la fábrica –donde se ofrecen picadas y pizzas– se puede probar otra de las especialidades de la casa: el vino de maqui, un arbusto silvestre. El bar está en Islas Malvinas y Roca (la degustación de las bebidas es gratuita). Más información al teléfono 02944-493700 e-mail: *otto_tipp@yahoo.com*

Otros maestros cerveceros de El Bolsón son Marcelo García y Laura Garaycochea, una pareja que se instaló en una casa sobre la ladera de la montaña, junto a una vertiente natural de donde toman el agua para preparar su cerveza marca Piltri. Comenzaron de a poco –luego de haber estudiado con el reconocido cervecero alemán Miguel Kempe– y estuvieron experimentando dos años hasta lograr el gusto de cerveza negra que buscaban. Como la mayoría de los productores, se especializan en la cerveza rubia pilsen de estilo alemán –con buen sabor frutado a lúpulo–, la negra porter robusta, con mucho cuerpo y alta gradación de alcohol, y la roja, que es la más suave al paladar, con una menor proporción de lúpulo. La cerveza Piltri se vende en un puesto de la feria artesanal, ya sea en botellas o servida desde una chopera, y también se la puede adquirir en restaurantes y mercados del pueblo. Más información al teléfono 02944-492139 e-mail: *cervezapiltri@elbolson.com*

LA RECETA ARTESANAL

El primer paso de la producción de una cerveza artesanal es tomar la malta (los granos de la cebada) y molerlos manualmente con una moledora a manija. Con la malta molida se prepara una infusión con agua de vertientes y se la coloca en una olla a 65 grados durante una hora (la maceración). El siguiente paso es subir la temperatura hasta los 72 grados y dejar el líquido al fuego una hora más. Luego se vierte la bebida en otro recipiente (los granos se tiran) y comienza la cocción llevando la temperatura hasta el punto de ebullición, momento en que se agregan los primeros lúpulos en forma de pelets. Después de una hora hirviendo, queda un líquido llamado mosto que es enfriado rápidamente y colocado en un fermentador (tambores de plástico o acero). De inmediato se agrega la levadura, un hongo que se alimenta de los azúcares del mosto y al digerirlo produce dióxido de carbono y alcohol. Hay dos tipos de levadura: la “lager”, de fermentación baja, y la “ale”, de fermentación alta. La primera fermentación dura 15 días, que es el tiempo que tardan las levaduras en reproducirse por millones y consumir todo el azúcar. Para realizar la segunda fermentación se extrae la cerveza de los tambores con una manguerita y se la envasa en las botellas, agregándole un poco de azúcar. Esto hace que la levadura vuelva a trabajar, produciendo más alcohol y gas carbónico (la espuma natural de la bebida). Las botellas se tapan a mano y no se abren hasta pasados 45 días para que la cerveza siga fermentando.

En el Greenwich Village

POR LEONARDO LARINI

Aunque pasen los años y otros barrios intenten desplazar al "Village", la zona históricamente bohemia de la ciudad en la que reina el jazz sigue irradiando su brillo creativo desde la Washington Square, donde en mayo se instalará una vez más la exposición de arte libre que inunda de color las primaveras neoyorquinas.

En la primavera del norte, el color se irradia en el Greenwich Village desde la Washington Square Outdoor Art Exhibit, la exposición de arte libre que se inaugura en mayo y en la que los más destacados artistas despliegan sus mejores obras en todos los rincones del parque. Aunque, en realidad, la muestra no hace más que acentuar las brillantes facetas de este elegante barrio de La Gran Manzana que ya en el siglo XIX se había convertido en la zona bohemia de la ciudad. Fue en esa época cuando artistas y escritores comenzaron a instalar en el Village sus estudios y talleres. Mark Twain, Henry James, Jack London, Stephen Crane, O'Henry, Sherwood Anderson y Edgar Allan Poe –quien escribió en una oscura pensión de esta zona *La caída de la Casa Usher*– son algunos de los escritores que habían fijado su residencia en los alrededores. También el pintor Edward Hopper y Gertrude Vanderbilt Whitney, quien inició aquí, en una pequeña galería, su proyecto de lo que es hoy el Whitney Museum of American Art. Y, de algún modo, el carácter bohemio quedó sellado para siempre cuando una noche de mediados de 1917 los artistas John Sloan y Marcel Duchamp, en compañía de algunos amigos y unas cuantas botellas de vino, forzaron una pequeña puerta de acero e irrumpieron en el interior del arco de la plaza. Una vez en la cima, encendieron faroles japoneses, leyeron poemas a los cuatro vientos y, con unos pocos disparos al aire, declararon el inicio de "la revolución que transformará al Greenwich Village en una república independiente".



La creatividad y el color bañan esta fachada de un edificio del Greenwich Village.

COLOR, BRILLO Y MURALES Como toda Nueva York, el Village no escapa a los contrastes. Sólo que, a diferencia de otras zonas de la ciudad –donde la belleza y el color suelen mezclarse con lo sórdido con apenas una cuadra de diferencia–, aquí todas las diferencias comparten el colorido y el brillo. Por la mañana, el sol baña los señoriales frentes de Grove Street, la calle de las casas más elegantes del barrio, con sus distinguidas escaleras en las entradas y enredaderas y flores decorando las paredes y bordeando las ventanas. Pero, a pocas cuadras, el visitante se asombrará con paredones enteros pintados maravillosamente por estudiantes de las escuelas de arte con los más variados motivos que combinan estilos clásicos y de vanguardia.

Es muy fácil llegar a Greenwich Village. Hay que caminar por la Quinta Avenida en dirección sur hasta chocarse con el inmenso arco de Washington Square. Una vez allí, lo único que hay que hacer es dejarse llevar por el azar y deambular por las calles –sobre todo las hermosas MacDougall, Bleecker y Christopher– en las que abundan restaurantes de casi todos los países del mundo, disquerías instaladas en distinguidas casas de frente de ladrillos y sofisticadas boutiques en cuyas vidrieras sobresalen los colores fulgurantes de la ropa, las pelucas, los extraños maniquíes y hasta los zapatos, para hombres y mujeres, que además "asustan" con sus extravagantes formas.

JAZZ EN EL VILLAGE Por la noche, los neones de extrañas geometrías sorprenden en las entradas de algunos bares y cafés, así como también en las vidrieras de locales nocturnos. Si bien hay clubes dedicados a todos los géneros musicales, hoy es el jazz –así como el folk lo fue hace más de cuarenta años– la música que prima en el barrio. En el 178 de la Séptima Avenida, casi en la esquina de la Calle 11, está desde 1935 el mítico Village Vanguard, por cuyo escenario no sólo han pasado los más grandes jazzeros (Sonny Rollins, Bill Evans, John Coltrane, Thelonious Monk, el mismo Miles Davis y hasta nuestro Gato Barbieri), sino también figuras como Jack Kerouac –quien recitaba sus poemas acompañado por un saxofonista amigo–, el inigualable comediante Lenny Bruce y cantantes de la talla de Judy Garland y Harry Belafonte.

Es bueno perderse por el Village y de repente chocarse con la inmensa bandera azul y blanca del *Village Voice*, el famoso periódico inmenso y semanal que puede retirarse gratuitamente en casi todos los bares y varias esquinas de Nueva York; o pasar, sin darse cuenta, por la puerta del legendario club CBGB, que después de un origen folk, a mediados de los '70, se convirtió en la meca del punk y la new wave neoyorquina, donde dieron sus primeros pasos Patti Smith, los Talking Heads, Blondie y los inolvidables Ramones. O verse, casualmente, debajo de un inmenso piano de cola que, a modo de toldo, adorna la entrada de otro mítico club de jazz, el Blue Note. A metros de allí, en la misma vereda, dos inmensos murales de fulgurantes colores homenajean a todos los grandes del blues, el jazz, el soul y el rock.

DESDE EL PANTANO Aunque cueste creerlo, el área que hoy ocupa Washington Square era un enorme pantano donde las tribus originarias de este territorio iban a cazar patos y pescar en un arroyo que lo cruzaba de punta a punta. En 1626, los holandeses que se habían establecido al norte de la actual Manhattan –fundando la colonia Nueva Amsterdam– se apoderaron de estas tierras que bautizaron Bossen Bouwerie, y decidieron dedicar sus hectáreas a la plantación de tabaco. Sin embargo, fueron los ingleses quienes en 1664 le dieron al barrio el nombre definitivo cuando un capitán británico construyó allí una casa de campo a la que llamó Greenwich House.

Washington Square fue bautizada oficialmente en 1828 como Washington Military Parade Ground y alrededor de ella establecieron sus residencias las familias más aristocráticas de la sociedad de entonces, entre ellos los Delanos y los Vanderbilts. Cuando poco después esa "elite" decide emigrar al norte de la ciudad, comienzan a llegar al barrio escritores, pintores, escultores, poetas, músicos y fotógrafos, quienes le cambian el color y la atmósfera. Paralelamente empiezan a aflorar los locales donde se reunían en infinitas tertulias a charlar y beber, como el café Romany Marie's y las tabernas Chumley's y Cedar.

En 1834 se funda, en el extremo norte de la plaza, la Universidad de Nueva York y, en 1876, se inaugura en la esquina de la 6ta Avenida y la Calle 10 uno de los edificios más bellos del barrio: la Jefferson Market Library. De estilo gótico victoriano fue, originalmente, el Palacio de Justicia y gracias a la firme voluntad de los vecinos años después se evitó su demolición. Hoy funciona como biblioteca pública.

POR SIEMPRE BOHEMIO El joven pelirrojo, de lentes al estilo Buddy Holly y amplia camisa leñadora, rasga su guitarra acústica y entona unos melódicos versos a los que acompaña también con una armónica. La imagen es más que familiar en Washington Square y remite, de inmediato, a la helada mañana de febrero de 1961 en la que un todavía desconocido Bob Dylan llegó a Nueva York y fue directamente a caminar por el Greenwich Village, el ya legendario barrio que a comienzos de la década del '60 se había convertido en la meca de los cantantes folk de los Estados Unidos. Bob Dylan también colaboró para que el "Village" –como lo llaman los neoyorquinos– sea un sitio tan especial de la ciudad. El creador de "Blowin' in the wind" y "Like a rolling stone" tocó alguna que otra vez en los bancos de Washington Square hasta que comenzó a hacerlo en clubes como The Gaslight, The Commons y el Cafe Rienzi.

El repertorio del joven pelirrojo incluye las más hermosas melodías de Neil Young, Joni Mitchell, Johnny Cash, Woody Guthrie y Willie Nelson. Yasí, en la liviandad de un soleado mediodía, continúa la tradición bohemia de aquellos espíritus libres que –pesar de los tiempos que tanto cambiaron– aún están soplando en el viento de Greenwich Village. Igual que las canciones de Bob Dylan